



TRABAJO FINAL DE GRADO

Presentado para acceder al título de

Licenciatura en Psicomotricidad

Título: “El juego y la construcción del cuerpo”

Autor:

**Vilca Alfaro, Carla Paola
N° DNI 30541705**

Director/a:

Lic. Fernando Fraga

Lic. Romina Rodríguez

Lic. Silvia Lattanzio

Lic. Verónica Duronea

Lic. Mateo Emiliano Chiaraluce

**Lugar:
Rosario**

**Fecha de presentación
16 de Mayo de 2023**

Resumen

La presente monografía tiene como finalidad el estudio y análisis de trabajos de diferentes autores respecto al jugar en los niños, su incidencia e importancia en la construcción corporal. Para ello se desarrollan las diferentes variables caracterizando tanto el concepto de jugar, como la construcción corporal y la importancia del juego en dicha construcción.

Por otro lado, se hace hincapié en la obstaculización, en las dificultades en el jugar y su repercusión en la construcción corporal, cuáles son los aspectos observables de ello y cómo influyen los vínculos primarios y los primeros años de vida tanto en el jugar como en la construcción del cuerpo.

Para concluir, se realizan consideraciones finales respecto a la relación del jugar y la construcción corporal.

Palabras claves

Jugar, construcción corporal, obstaculización del jugar, función materna.

Introducción

Esta monografía se origina en el estudio y análisis de trabajos realizados sobre el jugar y su relación con la construcción corporal en los niños. Se plantea, a partir de la lectura de diferentes autores desde la mirada de la psicomotricidad, desarrollar no solo la importancia del jugar, sino también cuando el jugar no se observa o aparece obstaculizado.

Por lo tanto, surge como problema de investigación la relación que existe entre el jugar y la construcción corporal en los niños. El objetivo es aproximarse a dicha relación, haciendo foco en la construcción corporal, la importancia del jugar y qué le sucede al niño cuando no aparece o se presentan dificultades.

En la construcción corporal es imprescindible el otro que la andamia, siendo el pilar fundamental el vínculo inicial (González 2009). En este escrito se pensará el jugar, como menciona Schojed (2007), desde un trabajo psíquico y psicomotor complejo, considerado como un recorrido subjetivo y un proceso experiencial.

El escrito parte de caracterizar el jugar y su importancia en los niños, luego se conceptualiza la construcción corporal. Por otro lado, se especifica la importancia de jugar en la construcción corporal y el lugar que ocupa en la misma. Finalmente, se define qué se entiende por dificultad u obstaculización del jugar, cómo se observa y cuál es su relación con la construcción del cuerpo.

Marco teórico

A continuación, a partir de diversos autores, se describen conceptos claves y necesarios para desarrollar la investigación.

El jugar en los niños

Es importante mencionar en primer lugar a Winnicott (1993), un gran exponente del psicoanálisis que aborda el jugar y cuyas teorizaciones fueron retomadas para la construcción de teorías en la psicomotricidad. El autor expresa:

El juego es un proceso universal y característico de la salud. Se desarrolla en una zona intermedia que no es ni su realidad subjetiva ni el mundo exterior, pues en el juego el niño reúne objetos o fenómenos de la realidad exterior usándolos al servicio de su realidad interna o personal. Implica confianza y está ubicado en el espacio potencial entre el bebé y la madre. (p. 64)

Por otro lado, sostiene que el juego permite apreciar la creación, producción e imaginación de un escenario por parte del niño. Winnicott (1993) afirma “en el juego, y solo en él pueden el niño o el adulto crear y usar toda su personalidad, y el individuo descubre su persona sólo cuando se muestra creador” (p. 80). El autor afirma que existen diversos motivos por los cuales los niños juegan, entre los mismos se encuentra: “juegan por placer, para expresar agresión, para controlar la ansiedad, para adquirir experiencia, para establecer contactos sociales, integración de la personalidad y para comunicarse con la gente” (Winnicott, 1942, p. 154).

En relación a ello, Freud (1999) expone sobre el simbolismo del juego entendiendo que el niño es capaz de tramitar el hecho de separarse de un otro, en este caso la madre, por medio de un juego, el Fort-da. “Se resarcía, digamos, escenificando por sí mismo, con los

objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar” (Freud, 1999, p.15). La expresión “Fort-Da” proviene del alemán “se fue” y “está acá”, donde desaparece y aparece el objeto. Este acto le permite al niño asumir un rol activo ante lo sucedido, elaborando de esa forma la situación de ausencia de la madre.

Asimismo, desde la psicomotricidad se considera al cuerpo y al juego como construcciones en interdependencia y permanente dinamización. Sykuler (2016) establece la relación estrecha entre juego y cuerpo, expresando que “el cuerpo se construye en el juego, y el juego se despliega con y en el cuerpo; el juego hace cuerpo” (p. 126). La construcción del cuerpo se da en relación a un otro y a través del juego. Ambos son entonces, efectos de una experiencia significativa, simbólica que se produce en el encuentro con los otros.

Por su parte, Calmels (2018) explica:

El jugar tiene una presencia que dinamiza la vida cotidiana, principalmente cuando los niños están cerca del adulto. Los primeros juegos, el nacimiento del juego, ubican al adulto y al niño en un mismo acto. Este acto que tiene a veces el carácter de acontecimiento, es un juego corporal. En esta acción coinciden la función corporizante y la función lúdica. (p. 13)

En otras palabras, el autor destaca la importancia del primer contacto con la madre o quien ejerza la función. Dicho contacto es corporal y se produce a través de agarres y caricias. El autor las ubica como las primeras experiencias significativas que favorecen el desarrollo del niño y dan inicio al juego corporal.

El jugar en la construcción corporal del niño:

Con respecto a la construcción corporal¹, González (2009) sostiene que:

El cuerpo es una construcción en y para la relación con un otro. Es a partir del otro que el cuerpo de un sujeto se va construyendo y sabiendo de dicha construcción. La presencia del otro materno soporta otorgando un sentido al cuerpo y posibilitando el cumplimiento de procesos, órdenes y caracteres que enuncian la neurofisiología y la psicología. (p. 14)

El proceso de constructividad corporal, como referencia González (2009) a la construcción corporal, es el recorrido mediante el cual el niño construye su cuerpo a partir de la relación con el otro. Se arma un circuito de comunicación en el que el niño es satisfecho o no en sus necesidades experimentando momentos de tensión y distensión. De este modo se establece un intercambio con el medio, con otro distinto a sí mismo, que deja marcas en el cuerpo (en la estructura tónica) que van configurando una manera de ser.

Retomando la importancia del otro, es necesario resaltar que “el cuerpo de la expresión y la comunicación no nos es dado, el cuerpo de los aprendizajes se construye en relación al otro. Una de las actividades más jerarquizadas en que se construye el cuerpo es en el juego corporal” (Calmels, 2018, p. 23). Es así como el cuerpo y la comunicación se construyen en relación al otro a través del juego.

El jugar obstaculizado:

Marazzi (2015) nombra al juego obstaculizado como formas de no jugar. Acerca de las mismas indica que “Las formas de no jugar hablan de antiguas situaciones que no consiguieron ser procesadas, sentidas, comprendidas en ese entonces; que dejaron marcas en el cuerpo, más específicamente en el tono, la postura, el funcionamiento psicomotor y en el

¹ Para este escrito se homologan los conceptos de constructividad corporal de González (2009) y construcción corporal de Calmels (2018).

jugar” (p. 12). El jugar tiene que ver con la capacidad de tener experiencias y priorizar un hacer junto al otro.

Siguiendo con la conceptualización de las dificultades en el juego, Schojed (2007) afirma “Quien no ha construido un otro, no juega” (p. 2). La autora con esta frase hace alusión a que el jugar se construye y nutre con los otros y en relación a ellos, es ahí donde radica la importancia de las primeras experiencias que dejan huella en esa relación.

Por otro lado, Ajuriaguerra (1996) señala la importancia del juego en el desarrollo del niño. De esta manera pensará en los observables en la evolución genética, en los procesos dinámicos y en la organización estructural del juego dentro de las patologías del niño, ubicando el término psicopatología del juego. Mencionará la prepsicosis, donde aparece con relevancia la vida fantasiosa del niño proyectándose en su realidad, siendo él incapaz de aceptar reglas y sostener el juego, que se ve afectado por la agresividad y saturado de proyecciones.

Desarrollo

El jugar en la psicomotricidad tiene sus orígenes en las teorías de diferentes autores que plantean los fundamentos del juego, principalmente Winnicot (1972). Muchos de sus escritos abordan y conceptualizan el juego como un espacio intermedio entre lo que está afuera y lo que está adentro, siendo el jugar la base de la experiencia. El autor pensará al juego desde lo terapéutico, ya que su trabajo parte de su posición como psicoanalista en la manera de tramitar traumas, miedos, etc.

Como menciona Calmels (2018), la psicomotricidad piensa lo lúdico desde la praxis. Se destaca el verbo jugar sobre el sustantivo juego, entendiéndolo como proceso, actos, acciones, donde se despliegan procesos de aprendizajes a partir de las experiencias. El autor ubica al niño y al adulto en un mismo acto, denominándolo juego corporal, ya que en sí mismo aparecen tanto la función lúdica como la corporizante.

En relación a cómo se construye el jugar desde la psicomotricidad, González (s.f.) menciona que el encuentro entre el bebé y su representante materno, sucede en un intercambio que envuelve al cuerpo, el habla, la respiración, los gestos y las posturas. Desde este punto se identifica la influencia que tiene la donación de un otro en el jugar del niño. González (s.f.) caracteriza esta relación, tanto en las vivencias de los ritmos inscriptos en el cuerpo, en la respiración, en su fluctuación tónica, como en la relación con el espacio y los objetos. Por lo tanto el niño proyecta lo que recibe de un conjunto de saberes sobre el cuerpo que habita en las familias y en la cultura. De esta manera, como menciona la autora, la función tónico postural aloja tanto los estados de displacer como de placer, vinculados a las necesidades del bebé y a los diferentes intercambios que se generan con el otro materno.

Por su parte Calmels (2018) piensa a las diversas acciones de la vida cotidiana con contenido lúdico, las cuales se organizan alrededor de los cuidados básicos que están

implicados en la crianza, como el sostén, aseo, sueño, alimentación, etc. Los mismos se hacen presentes en los conocidos juegos de sostén, ocultamiento y persecución, que son “dinamizadores de la trama vincular” (p. 13), logrando de esta manera dramatizar, ordenar, desplegar temores, impulsos agresivos, etc.

Indicará González (s.f.) que en los intercambios con el otro materno se dará lugar al comienzo de los ritmos primarios y la entrada al tiempo, al espacio para el cuerpo, siendo “el registro de las diversas sensibilidades, emociones, afectos y el anclaje pulsional que vía la dinámica de la ausencia o presencia del otro materno, de la noche o del día, arman cuerpo y arman mundo” (p. 7). De esta manera tanto González (s.f.) como Calmels (2018) pensarán en lo esencial de la función materna en el jugar, ya que se hace en y con el cuerpo, dando cuenta en su expresión de las experiencias vividas.

González (s.f.) señala que el jugar habilita al niño para poder encontrar diferentes modos de mirar, escuchar, significar el mundo y al cuerpo. Actúa de forma transformadora permitiendo diferentes modos de vincularse con el propio cuerpo, los otros y la realidad, posibilitando el pasaje de lo motor a lo psicomotor.

Por otro lado, Chokler (2004) considera al juego como parte del proceso de constitución de identidad en los primeros años, dividiendo en tres etapas la construcción del mismo, sensorio motor, juego corporal y simbólico. El juego permite de esta manera lograr el despliegue y la posibilidad del dominio de la motricidad, como también la estructuración del espacio, la elaboración del conocimiento y paulatinamente la comprensión progresiva de la realidad. Por lo tanto, habilita la expresión de sí mismo, la elaboración y simbolización de deseos, temores tanto de manera consciente como inconsciente. En primer lugar se ubica el juego sensorio motor, donde según menciona la autora aparece el placer del movimiento, de apropiarse del cuerpo, de descubrir el mundo, influyendo tanto en el esquema como en la

imagen corporal, para luego, a través del juego corporal, ir internalizando la capacidad de simbolización mediante las representaciones.

Continuando con la caracterización de Chokler (2004) se considera sano al niño que juega, centrándose en el principio de placer, del descubrimiento tanto del mundo como de sí mismo. Por lo tanto, como se mencionó anteriormente, el niño juega según su nivel madurativo siendo indispensable la presencia de un adulto que brinde seguridad afectiva. Es a través de la misma que el niño puede construir su cuerpo, desarrollar su psicomotricidad, ya que las primeras interacciones del lactante con el adulto se consideran el origen del placer. A partir de la calidad del vínculo de apego, menciona la autora, el niño desarrolla acciones sensorio motrices y cognitivas, como base de sus actividades lúdicas. Quiere decir que el niño solo puede jugarse a partir de su “relativa seguridad de lo ya integrado en sí mismo” (p. 1) gracias a la función de dicho vínculo, dando la posibilidad de realizar ciertas acciones y juegos, como por ejemplo, perder el equilibrio, arrojarse, caer, saltar, realizar juego simbólico, etc. Solo los podrá realizar cuando haya logrado establecer “una imagen unitaria y suficientemente sólida de su cuerpo” (p. 1), ya que de no ser así se producen diferentes efectos como angustia, ansiedad, etc.

Gracias a la teoría de Chokler (2004), puede pensarse cómo a través del juego el niño, no solo intenta conocer el mundo, la realidad que lo rodea, sino principalmente comprenderlo y de esa manera recrearlo; siendo así el jugar indispensable para el desarrollo afectivo, intelectual y motor. El jugar puede cumplir sus funciones y procesos si se desarrolla libre, no solo incorporando conocimientos y aprendizajes sino elaborando conflictos. La autora señala que estos procesos transcurren en un plano inconsciente afianzando la identidad del niño, siendo el jugar “una manera de ser y estar en el mundo” (p. 2).

En cuanto al concepto de construcción corporal en psicomotricidad, pensado en relación al desarrollo psicomotor del niño, cabe la pregunta, ¿A qué se refiere específicamente este concepto dentro de la disciplina?

En psicomotricidad se piensa el cuerpo como una construcción, González (s.f.) desarrolla el término constructividad corporal, haciendo alusión a la construcción del cuerpo no meramente desde lo biológico, sino a partir de la relación del propio cuerpo y el otro. De esta manera dicha construcción se hace en “la experiencia misma del cuerpo en relación con el otro, y con la lengua” (p. 3), entendiendo al niño como protagonista de su historia, siendo la experiencia la que desarrolla la organización psicomotriz.

A partir de lo mencionado anteriormente puede decirse que es fundamental la función materna y su puesta en juego para la construcción del cuerpo. Señala González (2009) las variables de la construcción del cuerpo haciendo referencia al tono, la postura y la sensorialidad. De esta manera será condición que el cuerpo previamente haya estado habitado por la espera, el sostén que tiene lugar en relación a otro materno. Por lo tanto, este primer vínculo del niño con el otro materno será postural, siendo necesaria la condición del cuerpo de recibir al otro.

A raíz de lo expuesto respecto a la construcción corporal, surge la pregunta, ¿Qué es lo que proviene de ese otro que permite la construcción del cuerpo?

González (2009) menciona como procedente de un otro, aludiendo a Bergés, a la función postural, la cual se construye a través de la fluctuación tónica que se produce entre los estados de satisfacción e insatisfacción entre el niño y quien cumple la función materna. Luego, citando a Lacan, señala la fase del espejo, en el cual el niño se identifica con la imagen de otro, unificando y anticipando de esta manera el dominio del cuerpo que aún no se

presenta. Así será el campo postural, receptáculo de lo simbólico, donde el sujeto emerge, puede nombrar y nombrarse.

González (2009), a su vez, hace referencia a los actos de transferencia en los cuales se ponen en juego el funcionamiento del cuerpo y el desarrollo psicomotor, donde la madre se dirige al niño a través del lenguaje introduciendo lo simbólico. Nombra, muestra, dona quehaceres instrumentales y establece espacios, a través de los cuales el niño “recibe lo que se proyecta para él y hace eco del conjunto de experiencias, de saberes y decires sobre su cuerpo” (p. 141), produciendo consecuencias en la manera en la que el niño se piensa y en el hacer de su cuerpo. Dichos actos de transmisión son tan influyentes como lo genético en la organización tónico postural, será a partir de esas transmisiones que el niño tomará lugar en el linaje familiar (González 2009).

Indagando acerca de la relación que se produce entre el jugar y la construcción corporal, Calmels (2018) menciona que en los niños su subjetividad se da a ver en su cuerpo, ya que la construcción y el funcionamiento del cuerpo son portadores de subjetividad. El niño toma de sus padres una serie de características que matizará con su estilo, donde desarrollará sus manifestaciones corporales. Por lo tanto, el autor expresa que el cuerpo no es algo dado, sino que se construye en relación al otro, indicando que una de las actividades principales en donde el cuerpo se construye es en el juego corporal.

Calmels (2018) nombra a las acciones, movimientos y miradas realizadas por quien cumpla la función materna, en los primeros tiempos de vida de contacto y sostén, como intervención corporizante. La ausencia del adulto que cumple dicha función puede dejar al niño “en una situación estereotipada” (p. 38). De esta manera un cuerpo para poder jugar, debe construirse en el encuentro frecuente de acciones lúdicas. Por lo tanto si se produjera una ausencia corporizante por parte del adulto al dedicarse únicamente a cuidados orgánicos

(higiene, alimentación), esto provocaría una alteración tanto en la construcción del cuerpo como en los relatos lúdicos (Calmels 2018).

Entonces será en el jugar, plantea Calmels (2018), en donde se producirán las posibilidades tanto de acción como de expresividad, dándose a ver en el interjuego de actitudes posturales, gestos, miradas, contactos y praxis, teniendo lugar en el jugar la construcción del cuerpo. Ya que al jugar se posibilita la transformación del cuerpo, se pone a prueba, se modifica, se moldea, cambia, se deforma y luego posee la seguridad de volver al inicio, al lugar seguro. Por su parte, Chokler (2004) señalará que el niño sólo puede jugarse a partir de establecer una imagen unitaria, sólida de su cuerpo, desde la seguridad de lo ya integrado, siendo este el momento en que el cuerpo se manifiesta en su máxima libertad de expresión.

A partir de la concepción de juego corporal de Calmels (2018), se observa el cuerpo en toda su complejidad; dándose a ver a través de las manifestaciones corporales como en la voz, la mirada, la escucha, la actitud postural, la gestualidad, etc.

Hasta aquí se ha dejado clara la importancia del jugar en los primeros años del niño. Pero, ¿cómo es que influye puntualmente el juego en la construcción del cuerpo?, ¿es necesario jugar para apropiarse del cuerpo?, ¿qué lazos se pueden establecer entre el jugar y el cuerpo?

Sykuler (2016) sitúa en este sentido la premisa de que el juego “es en construcción en y para la relación con otro” (p. 2), quedando tanto el cuerpo como el juego en un enlace, en un entramado donde el niño se encuentra con otro. Por lo tanto, la autora señala que el juego hace cuerpo desplegándose con y a través de él. En consecuencia el cuerpo se construirá en el juego. De esta manera, tanto el juego como el cuerpo son una construcción, es decir que no son dados por la biología, sino que parten de una experiencia significativa, simbólica, que se

desarrolla con otro en los primeros años. Si se piensa en experiencias, es inevitable mencionar cómo la cultura y el lenguaje permiten desenvolver la singularidad en el niño.

Sykuler (2016) plantea que, desde que el ser humano llega al mundo cargado de un equipamiento neurobiológico, está en condición de entrar en relación con quien ejerza la función materna. Relación que se establece entre fluctuaciones tónicas, acomodaciones posturales, gestualidad, mirada, escucha, etc. Por lo tanto, el niño crea con su cuerpo experiencias, en contacto con el cuerpo y la palabra de otro, a las cuales se le agrega la satisfacción de las necesidades, tratándose esto, como menciona la autora, de una experiencia psicomotriz. Consecuentemente se instala la dualidad malestar-bienestar, placer-displacer. De esta forma la madre toma acciones, como por ejemplo el chupeteo del bebé luego de alimentarse del pecho materno, y las identifica como juego. En la medida en que el otro anticipe en esas acciones un juego es que el niño irá construyendo su jugar.

Del mismo modo que Sykuler (2016), Schojed (2007) expresa que los juegos de la díada madre-bebé marcan el eje fundamental para acceder a la representación y a la construcción del cuerpo.

Pero, ¿qué sucede cuando el juego no aparece, cuando se encuentra obstaculizado, con dificultades? ¿Cómo se relaciona con la construcción corporal?

Ajuriaguerra (1996) aporta el concepto de la psicopatología del juego en el niño, caracterizando aspectos específicos del juego en función de la patología. El autor menciona a los niños pre psicóticos y psicóticos y los caracteriza como inestables, ya que no pueden sostener el juego. Se observa en ellos que su actividad lúdica se encuentra invadida por la agresión, siendo las pulsiones causantes de interrupciones en el juego, el cual se vuelve caótico y cambiante. El autor sostiene que tanto en los niños psicóticos como autistas aparecen actividades lúdicas como la manipulación indefinida de un objeto, movimientos de

giros y estereotipados, que le permiten interrogarse acerca de si pueden considerarse juego o no.

Por otro lado Ajuriaguerra (1996) ubica como niño que no juega al niño bueno, el niño hipermaduro y el niño deprimido, no considerándolos necesariamente patológicos. En algunos casos se observa pasividad, inexpresividad, seriedad, también se puede observar una sobreadaptación al medio.

Schojed (2015) arriba a la conclusión de que para poder jugar es necesario que el niño posea ciertas capacidades, curiosidad, creatividad, imaginación, poniendo en marcha aprendizajes previos, su sensoriomotricidad y el placer del uso del cuerpo, expresando simultáneamente su vida afectiva, representacional y pulsional. Por lo tanto, un niño para poder jugar debe estar emocionalmente maduro, poseer las competencias cognitivas necesarias y reconocer al otro. De esta forma la autora considera que no solo porque el niño se lance en un juego o realice un dibujo esto tendrá un valor de espacio transicional o proceso creativo, ya que podría faltar lo fundamental, la direccionalidad, que el juego sea dirigido hacia un otro para poder sostener un verdadero proceso de simbolización.

Por consiguiente, como se mencionó anteriormente, quien no haya construido un otro no jugará, en palabras de Schojed (2007). En este sentido se puede pensar en el ejemplo de la autora sobre niños a los que se considera *inestables*. Son caracterizados como niños que se agitan más de lo que juegan, pasando de un objeto al otro, con acciones repetitivas. De esta manera se produce la discontinuidad del pensamiento, que provoca la imposibilidad de construir curiosidad y por lo tanto de construir un otro.

Schojed (2007) entiende el proceso de jugar de manera compleja, pluricausal, que implica transformaciones en la capacidad de jugar, que tiene lugar en la subjetivación; que involucra el desarrollo psíquico, psicomotor y cognitivo. Indicará la autora que a través del

juego se observa en los niños el sufrimiento, también los aspectos sanos y creativos de la personalidad. A su vez referirá Defontaine (1978) que el niño que no juega no quiere o no puede expresar su personalidad, produciendo una ruptura con el mundo adulto.

Del mismo modo que Ajuriaguerra (1996) considera por fuera de lo patológico al niño que no juega, Marazzi (2015) en sus experiencias prácticas frente al juego obstaculizado, se refiere a los niños que poseen recursos para jugar como *niños sanos*, en los cuales se observa un jugar relativamente construido y desplegado. En estos niños el funcionamiento psicomotor se ve obstaculizado, trabado, congelado, el juego no fluye. Por lo cual, *las formas de no jugar*, término utilizado por la autora, expresan situaciones antiguas que no pudieron ser procesadas, comprendidas o sentidas en ese momento, dejando marcas en el cuerpo que se pueden ver tanto el tono, la postura y el funcionamiento psicomotor, como también en el jugar.

El jugar no está asegurado para todos los niños en todas las circunstancias, ya que hay que inventarlo constantemente y alimentarlo para mantener su plasticidad. La autora observa en sus pacientes algunas formas del mismo que cuentan con características que dificultan un jugar pleno (Marazzi 2015). Se observa en primera instancia niños, como menciona Schojed (2007), que pasan de una actividad a otra sin permanecer en ninguna. En otras instancias observa en los niños cómo la atención comienza a desvanecerse, en otros aparece el interés pero no encuentran la manera, los modos de entrar en el juego y se estancan. Algunos niños no poseen representaciones simbólicas, por lo tanto el juego no tiene una lógica que lo sostenga y se desorganiza. Por último, hay niños que no poseen autonomía en el jugar, que no se animan a recorrer nuevos caminos.

Por lo tanto el juego no tiene una forma fija, no es constante, es cambiante, no sigue fórmulas, debe permanecer flexible y en construcción con otros ya que es un proceso de elaboración que busca resolver aquello que se estaba reteniendo. De esta manera cuando el

juego encuentra una forma se expresa, se realiza y se aprende, crea una estructura, una organización, alcanzando una forma delimitada en el encuentro con otro (Marazzi 2015).

Finalmente, es importante que el jugar pueda desenvolverse, ya que es una manera en la que el cuerpo sigue construyéndose y es una forma de “metabolizar antiguos desencuentros” (Marazzi 2015 p. 5), recuperar vitalidad y que de esta manera el niño logre encontrar otros modos de habitar su cuerpo, de gestionar su ser en el mundo (Marazzi 2015). Será en el jugar que el niño podrá apropiarse de su cuerpo, “acercarse a lo incómodo, a lo abandonado, volver a relacionarse con ello y recuperarlo como propio” (Marazzi, 2015 p. 2); como si algo se curara, aparecerá nuevamente un fluir, el placer en el hacer. Ya que gracias al juego el niño afronta las dificultades, crea, disfruta, se siente seguro, se transforma y construye su cuerpo.

Conclusión

A modo de conclusión del trabajo monográfico, en el que se realizó el análisis de algunas conceptualizaciones acerca del jugar, su dificultad y la construcción corporal, se indicará que tanto el jugar como la construcción corporal poseen una relación recíproca y solidaria en la que una depende de la otra para su construcción. Por lo tanto no hay construcción corporal sin jugar y no hay juego propiamente dicho con una construcción corporal obstaculizada, alterada.

De esta manera, será importante en los primeros años de vida el andamiaje de quien cumpla la función materna, que pueda mirar, escuchar, sentir y acompañar al niño en este proceso de construcción. Siendo los juegos que se presentan en esta etapa, como plantea Schojed (2007), fundamentales como parte del acceso a la representación, a la simbolización.

En conclusión, es sustancial darle al juego y a las acciones (Schojed, 2007), el valor de organizadores tanto a nivel del psiquismo como también en la construcción del cuerpo.

Se considera fundamental poder observar el juego de los niños en todas sus etapas y estar atentos a las características que dejen ver su construcción corporal y su funcionamiento psicomotor, para buscar formas de acompañarlos y habilitarlos, de este modo darles la oportunidad de tramitar situaciones no resueltas y encontrar maneras de habitar sus cuerpos, de adentrarse al mundo desde el placer.

Referencias Bibliográficas

- Ajuriaguerra, J. (1996). Psicopatología del juego. Manual de psicopatología del niño, 3° ed. Barcelona: Masson.
- Calmels, D. (2018). *El Juego Corporal*. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós
- Chokler M. (2004). Como se juega el niño cuando juega. Las raíces de la actividad lúdica. Distribuido para Euskal Herriko Pikler-Lóczy Sarea.
- Defontaine, J. (1978). *Terapia y reeducación psicomotriz: Del desarrollo psicomotriz a la relación terapéutica*. España: Ed. Médica y técnica s.a.
- Freud, S. (1999). Más allá del principio del placer. *Obras Completas de Sigmund Freud*, (Vol. 18) Argentina: Amorrortu.
- González, L. (2009). *Pensar lo psicomotor*. Caseros. Bs. As. Argentina: Ed. Edutref.
- González, L. (S.f.). *El juego acurruca al cuerpo y tienta la luz que hay en él*. [Documento inédito]. Buenos Aires.
- Marazzi, M. (2015). El despliegue del jugar en la práctica psicomotriz: La intervención psicomotriz en las formas de jugar y del no jugar. *Revista de psicomotricidad*. Buenos Aires.
- Schojed, D. (2015). ¿Jugamos con los niños que no juegan?, *Encuentros en psicomotricidad*. Ed. del Bulevard
- Schojed, D. (2007). Taller de Juego. Bs.As. Argentina. Edutref.
- Sykuler, C. (2016). ¿Es o no es juego?: Cuerpo y juego en la clínica psicomotriz con niños pequeños. *Revista de psicomotricidad*. Buenos Aires.

Winnicott, D. (1972). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.

<http://imago.yolasite.com/resources/WINNICOTT,%20Realidad%20y%20juego.pdf>

Winnicott, D. (1993). *Realidad y Juego*. Barcelona, España. Romanyá/Valls, S.A